García Figueroa (A)

TÉSIS INAUGURAL

PRESENTADA
AL JURADO DE CALIFICACION

POR AGUSTIN GARCIA FIGUEROA,

ALUMNO DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE MÉXICO, Y ASPIRANTE
MÉDICO-MILITAR

Imp. de I. Escalante.

C. Rafael Lucio. Sinod. propietario.

HIGIENE MILITAR

TESIS

PARA

EL EXAMEN PROFESIONAL DE MEDICINA Y CIRUGIA

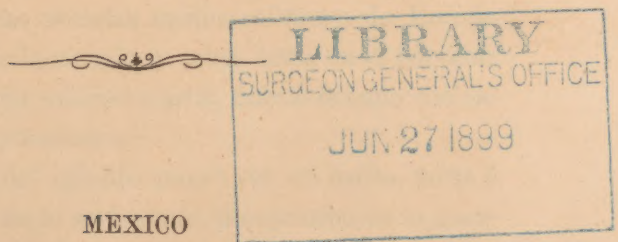
PRESENTADA AL JURADO DE CALIFICACION

POR

AGUSTIN GARCIA FIGUEROA,

ALUMNO DE LA ESCUELA DE MEDICINA DE MÉXICO, Y ASPIRANTE
MÉDICO-MILITAR
DEL HOSPITAL DE INSTRUCCION EN SAN LUCAS.

CAUSAS DE LA FRECUENCIA DE LA SIFILIS EN EL EJERCITO, Y MEDIOS DE DISMINUIRLA.



MEXICO
IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE,
BAJOS DE SAN AGUSTIN, N. 1.

1874

PREFACIO.

AL hacer la eleccion de la Higiene Militar para mi Tésis, he tenido por punto de mira enlazar con el modesto lazo de mi gratitud á la Escuela de Medicina de México, que me enseñó á balbutir los primeros preceptos de la ciencia, con el Cuerpo médico-militar, donde aprendí á ver con calma los estragos de la muerte, y á observar la marcha sombría de las enfermedades.

Feliz yo, si logro con mi acento débil abogar á la vez que distinguidos cirujanos, por el apoyo de la antigua Escuela de México, á la Escuela médico-militar naciente; y si lograra además fijar la atencion del Gobierno sobre la importancia de las escuelas médico-militares de Europa en el porvenir de la cirugía, y sobre todo, en el porvenir y las garantías del soldado mártir, habria llenado con esto mis cortas aspiraciones.

La supresion del ejército puede ser un hecho tarde ó temprano, pero no lo será nunca la supresion de la guerra. Disputar eternamente el derecho y la propiedad, es el fúnebre patrimonio de las sociedades: ser fuertes, es el ideal de todas las naciones modernas.

La libertad, el derecho y la justicia, piden con voz inflexible la supresion del ejército permanente, que es una forma de esclavitud para el ciudadano y un peligro para la patria; y sin embargo, para acercarse á estas conquistas se han necesitado sangre, y armas, y soldados. Hoy es el soldado de filas; mañana será el ciudadano libre el que se levante sobre la montaña demandando justicia á los azares de la guerra; pero de todos modos, la guerra, con sus horribles detalles, la muerte hartando sus cavernas, la angustia pidiendo refugio, el desamparo como la única recompensa del heroísmo.

Es doloroso ver las fraguas ardiendo en todo su esplendor para la fabricacion de ametralladoras, y á los gobiernos nombrando comisiones para las contratas de armamento, cuando apénas cuentan con unos cuantos lechos para sus soldados heridos, y un puñado de médicos impotentes por su número y sus recursos, en los supremos instantes de la batalla. Olvidan los hombres del poder que no es remoto el caso en que pidan ellos mismos, con rabiosa desesperacion, un médico, en medio de la confusion y el desórden, y que puede muy bien ese médico faltar, porque en la sublime democracia de la ciencia, el que tiene más derecho á sus auxilios es el que cae primero.

El Cuerpo médico-militar tiene una mision muy importante en las sociedades. Es necesario emanciparse de esa preocupacion femenil, que hace ver á dicho cuerpo, por unos, como parte del militarismo, y por otros, como la práctica plebeya de la facultad de Hipócrates: es necesario habituarse á contemplar con respeto ese astro que irradia impasible en medio de los relámpagos de la batalla;

descubrirse ante la ciencia humilde para la que no hay ni triunfos, ni derrotas, sino sangre siempre, y trabajos y afanes.

La juventud que aspirà al radioso título de cirujano; esa juventud que no ha dejado penetrar en sus venas el frio glacial del egoísmo, debiera ungirse sacerdotisa de la humanidad con la sangre de los campos de batalla; nutrirse en la Escuela médico-militar, manantial de fecundos estudios, escuela del infortunio y la abnegacion, donde se aprende el deber por el deber mismo, ántes de usurpar prematuramente las apariencias del sabio.

La cuna de la cirugía está en los campos militares, y si no es fácil comprobar este aserto con datos históricos, porque la historia se pierde en los abismos del pasado como el mismo Universo en lo infinito, al ménos es probable y racional la creencia de que el arte de restañar la sangre nació con el arte de la guerra. Sí; la historia, que se nutre con la savia de la verdad oculta en el armonioso acento de los poetas y las tradiciones de los pueblos, en el esqueleto abandonado por una generacion bajo el oscuro subterráneo de sus catacumbas; la Historia, que como la mágica sacerdotisa de la inmortalidad, trasforma en signo el derrumbe casual de una montaña ó la huella petrificada de las plantas de un héroe, vislumbra los primeros albores de la cirugía en las guerras de los Israelitas con los Caldeos, los Persas y los Griegos.

Hipócrates no figura en la historia entre los médicos de la guerra; pero, ¿dónde sino en los combates pudo haber hecho su aprendizaje para escribir sus tratados sobre fracturas, luxaciones y heridas de cabeza, en aquellos

tiempos en que las armas del combate eran embotadas, contundentes y propias para producir estas lesiones?

Galeno, á los veintinueve años, fué cirujano de los gladiadores de Pérgamo, su país natal. (Guyon.)

Pero no me propongo hacer la historia de la cirugía médico-militar; seria una empresa para la que mis fuerzas son nulas: me bastará la enunciacion de nombres, que designan solos toda una época científica.

Ambrosio Paré, dando en el siglo XVI sus inmortales preceptos á la cirugía francesa, y constituyéndola en un verdadero cuerpo de doctrina.

Wisemann en Inglaterra y Purmann en Alemania, dando á los cirujanos ingleses y alemanes, en el siglo XVII, sus sábias lecciones, inspiradas en la práctica laboriosa de los ejércitos.

Ravaton, á fines del siglo XVIII, enriqueciendo las bibliotecas quirúrgicas con cuatro tomos de preciosas observaciones; y por último, preguntemos á la Cirugía y á la Medicina operatoria: ¿Quiénes hubieran llenado el vacío de los Petit, Larrey, Lisfranc, Dupuytren, Percy y otros cirujanos militares igualmente distinguidos? todos los preciosos detalles que sobre heridas posée la Cirugía; todas esas sábias observaciones sobre epidemias y contagio, sobre influencias atmosféricas y de temperatura, recogidas en los campos de batalla de Rusia, Crimea y Egipto; todos esos procedimientos operatorios, inventados ó modificados sobre el mismo campo de la muerte, en medio de la confusion, el desórden y la carencia de los más vulgares recursos de la cirugía, ¿no dicen que tambien en los campos de batalla está la atmósfera del genio médico? ¿no dicen que

no es exclusivamente en el gabinete donde se elaboran los más fecundos estudios que alivian á la humanidad? ¿no dicen, en fin, que la Escuela médico-militar es la escuela del cirujano, y que allí debiera lanzarse la juventud, aprovechando su vigor y lozanía, ántes de calzarse las pantuflas de la sábia ancianidad?

Larrey, para grabar su nombre en la portada del templo, tomó los rayos de su gloria en el turbion luminoso donde Napoleon se erguia: Larrey, el sabio de las tempestades, impasible observador del estrago humano, exponiendo la sábia frente á los huracanes de la eternidad, está de pié sobre la roca más alta, en esos abismos que forman la historia de Napoleon I.

Desgenettes, infiltrando en sus propias venas el gérmen de la Peste para salvar á un ejército diezmado por el terror, es tambien una figura granítica, que se levanta glacial sobre los oleajes de la miseria humana, abogando por las escuelas médico-militares del mundo.

¿Y qué pudiera decir de los médicos marinos, que vuelven la espalda al hogar para entregarse con esa audacia, propia de los séres superiores, á un porvenir voluble como el Océano? ¿qué pudiera decir de los que fian sus esperanzas á la fragilidad de un bajel, poniéndose altivos entre la vida y la muerte, por arrancar un puñado de secretos al libro de las tempestades? Las ciencias físicas pudieran responder en lugar mio; la medicina puede mostrar sus investigaciones sobre fiebres endémicas de los puertos, el cólera asiático, el mal marino y otras como el testimonio más digno de su gloria. La Higiene tiene puntos que son un fúnebre problema para la humanidad, y cuya

solucion solo puede estar al alcance de los médicos del Océano.

La pobre Escuela médico-militar mexicana, que solo por los esfuerzos de su gefe hasta hoy comienza á merecer este nombre, tiene, á pesar de su abandono, servicios que alegar en el concurso inmortal de la gloria, y que son en el campo infinito de la ciencia, como el átomo en el Universo; pero que no por esto dejan de merecer un modesto lugar entre los obreros del porvenir médico. La Tésis del Dr. Juan Breña, en la que está comprobado con numerosas observaciones, tomadas en la fatal fecundidad del ejército para la sífilis: "*Que en todos los casos de fimosis se debe practicar la operacion, existan ó no chancros, sin temor de que la inoculacion se propague á la solucion de continuidad;* la del Dr. Felipe Martinez, comprobando las sábias máximas de Graves, sobre el tratamiento de la fiebre tifoidea y el tifo; la del Dr. Espinosa, sobre el alcohol, son modestos trabajos que pueden marcar en lo futuro la época del renacimiento de la Escuela médico-militar mexicana.

Además de esto: el Cuerpo médico-militar presenta hoy á su cabeza un cirujano que, perdiéndose en las sangrientas borrascas de la patria, y arrostrando la impopularidad que siempre ha sido el patrimonio de los médicos militares mexicanos, ha hecho su escuela en la escuela del infortunio, y que tal vez escribirá importantísimas observaciones, cuando en el puerto de la ancianidad descanse su frente tostada por el sol de las batallas. Hoy que la discordia se esconde fatigada entre los solitarios sepulcros de los vencidos, y que los poetas cantan empapando sus

armonías en la serenidad del cielo; hoy que el mar encrespado de la guerra se tiende humilde á los piés de la patria riente y llena de esperanza; se destaca sobre los tranquilos horizontes de la cirugía, la figura del Dr. Montes de Oca, ostentando una práctica nada comun. Si la Escuela médica le preguntara un dia, como las matronas espartanas á sus hijos al volver de las batallas: ¿qué hiciste?" Él pudiera responder como aquellos espartanos: "Fuí al campo de la muerte, y he cumplido con mi deber."

A la edad de 22 años el cirujano Montes de Oca habia practicado ya treinta y tantas operaciones en el memorable sitio de Puebla por los franceses, entre más de 150 que se practicaron en aquel distinguido Cuerpo, formado por los profesores Juan N. Navarro, Epifanio Cacho, Vicente Gaona, y mi hermano Roman García Figueroa, muerto de un tifo, contraido en la práctica médico-militar.

Cuando el Dr. Montes de Oca es interrogado sobre este punto, afirma, con la modestia propia de su carácter, que sumando las operaciones que ha practicado en el hospital de San Cosme cuando los amagos del general Blanco á la capital, los dos sitios de Puebla, la retirada del presidente Juarez, el sitio de México, el asalto de San Mateo Sindihui, y la horrible carnicería de la Ciudadela el 1º de Octubre de 1872, pueden ascender á 300; cifra probablemente rebajada por la modestia de dicho doctor, pero que, sin embargo, es un hecho muy importante en la facultad mexicana, que dice muy alto todo lo que esta facultad pudiera esperar de los cirujanos militares.

Parece ocioso y fuera de propósito detenerse á probar

que la cirugía es hija de las escuelas médico-militares, y que la Higiene y la Medicina le deben preciosas investigaciones. Sin embargo, México, por sus circunstancias, parece que ha desconocido estas verdades, abandonando á su Escuela médico-militar, y dejándola convertirse en un lugar de ingratitud y desprestigio, de donde huyeron los hombres de mérito, y donde se refugiaron los desertores de la conciencia.

Ya en otra vez habian concentrado sus esfuerzos, profesores muy distinguidos en la facultad mexicana para levantar al Cuerpo médico de su abyeccion inmerecida; pero todos estos esfuerzos se estrellaron ante la índole de los gobiernos. Hasta hoy comienza el Cuerpo médico-militar á entrever nuevos horizontes bajo mejores auspicios, y gracias á la paciente constancia del Dr. Montes de Oca.

Yo me asocio á él y á todo el digno personal que forma hoy esta corporacion, haciendo de este trabajo mio el primer copo de incienso que se levanta en México ante los pedestales del genio médico-militar.

He adoptado, como punto de mi Tésis, la Higiene Militar, como una bella oportunidad para señalar á la juventud que viene, un espléndido sendero, cerrado hasta el presente á la juventud que se va. Yo sé bien que sus primeros ímpetus tienen la tendencia del astro que busca un cielo; y sé tambien, que solo la juventud, amparada con su vigor, puede abrir los libros sangrientos de la humanidad, y aprender en ellos las máximas de una experiencia indeleble.

El modesto trabajo que tengo el honor de someter al Jurado que va á juzgar de mi aptitud, no tiene ningun in-

teres en mis manos; pero sí creo que abraza un punto, que manejado por alguno de los sabios que honran la facultad mexicana, seria, no solamente de interes especial al Ejército, sino tambien de muy alta importancia para la salud pública. El termómetro del contagio sifilítico en la Capital está en el Ejército; y es un hecho que pudiera comprobar con datos, que cuando la sífilis hace mas estragos en la sociedad, es cuando la guarnicion es mas numerosa.

Mi Tésis está dividida en dos partes, precedidas de una rápida Memoria de la sífilis, que en el Hospital militar forma la práctica normal de los médicos militares; para cuya Memoria, he contado con las estadísticas de varios años, los informes de la mayoría de dichos médicos, y mis recuerdos.

Las causas de la frecuencia del contagio en el Ejército, se hallan en su seno y fuera de él: he pasado rápidamente sobre las primeras, porque son, á mi juicio, objeto de cuestiones sociales más que de higiene; sobre todo, en los puntos de cultura é ilustracion: respecto de las segundas, ó la Prostitucion, propiamente dicha, he estudiado á la prostituta en todas sus formas, deteniéndome en descripciones, al parecer estériles, con el intento de caracterizarla suficientemente para facilitar una clasificacion: creo que una buena clasificacion de las prostitutas de México seria un gran paso dado por la higiene, pues que ya seria mucho, saber los peligros que ofrece cada una de sus clases.

He pasado desapercibida la prostitucion nocturna que vaga en las calles principales de la Capital, porque las mujeres que la componen pertenecen indistintamente á cada una de las tres clases que forman la prostitucion ci-

vil. Para tratar de la prostitucion que se halla en las capitales de los Estados, y la que está desperdigada en todos los pueblos y villas de la República, he carecido absolutamente de datos útiles.

Termino, en fin, con las reglas higiénicas que se desprenden de los diversos puntos que he tratado, señalando á cada uno de ellos un pequeño artículo, y resumiendo en el último todas las reglas que á mi parecer mitigarian los estragos de la prostitucion.

Vuelvo á repetir, que no cabe en mí la debilidad de una vana pretension. Este trabajo no representa mas que los débiles esfuerzos de un estudiante que se pára en los umbrales del templo, con la actitud humilde del que espera el imponente fallo del tribunal de la ciencia.

Quisiera que los primeros esfuerzos de mi sér en el mundo científico despertaran la ternura de la Escuela de Medicina hácia el Cuerpo médico-militar, que nunca podrá levantarse, si su augusta madre lo abandona. Con esto llenaria mis aspiraciones.

La Escuela médico-militar-mexicana vislumbra las auroras de un nuevo porvenir. El pasado holló su frente y la hundió en el cieno. ¡Plegue al cielo que el porvenir le forje coronas, en los mismos yunques donde forjó las de Paré y Larrey!

INTRODUCCION.

La sífilis es la enfermedad más frecuente en el movimiento estadístico del Hospital Militar de Instruccion en México: se puede afirmar, sin temor de equivocarse, que á esta enfermedad toca la cifra más alta en la estadística de todos los hospitales militares de la nacion. Difícilmente se halla un soldado sin antecedentes sifilíticos; sin embargo, esta plaga no es propia del Ejército mexicano. Todos los ejércitos de Europa en el siglo presente, son presa de esta enfermedad, exceptuando el de Bélgica, en donde, por una extricta severidad higiénica, se habia hecho bajar la proporcion de venéreos á 1 sobre 190 en el año de 1842; miéntras que en la misma época las guarniciones de Estrasburgo y Lyon, contaban 1 sobre 33 y 1 sobre 40 (Michel Levi).

En México, la proporcion es de 30 por 100 al año, aproximativamente, segun los resultados que he obtenido por los datos que recogí en las estadísticas del Hospital Militar de Instruccion de los años de 1871 y 72, que obran en la Seccion Sanitaria del ministerio de la Guerra; advirtiendo que no he contado con los traumatismos, por no parecerme útiles en los cálculos aproximativos que me propuse hacer.

Sobre 1521 enfermos que entraron al Hospital en 1871, 384 fueron de sífilis, en el órden siguiente:		Sobre 1286 enfermos que entraron al Hospital en 1872, 446 fueron de sífilis, en el órden siguiente:	
Enero	15	Enero	15
Febrero	31	Febrero	12
Marzo	23	Marzo	38
Abril	21	Abril	21
Mayo	36	Mayo	36
Junio	44	Junio	44
Julio	45	Julio	45
Agosto	40	Agosto	46
Setiembre	47	Setiembre	35
Octubre	20	Octubre	55
Noviembre	35	Noviembre	35
Diciembre	27	Diciembre	64
Total	384	Total	446

Se ve, pues, en este cuadro, una falta absoluta de relacion entre las cifras de un mes á otro. Esta variedad en las cifras está relacionada con los movimientos de los cuerpos de ejército. Los meses que tienen una cifra muy alta, son meses en que han estado estacionados en la capital mayor número de batallones, y vice versa.

La mayor parte de los sifilíticos que forman la cifra total del cuadro anterior, son accidentes primarios. La blenorragia y el chancro blando simple formando el mayor número; la blenorragia se ha presentado con todas sus complicaciones y todas sus variedades, siendo de las complicaciones la más frecuente la orquítis blenorrágica: sin embargo, la nefrítis blenorrágica y la artrítis no figuran en las estadísticas que tengo á la vista, ni mis recuerdos me dan ningun dato para afirmar ó negar con conciencia nada sobre este punto.

El chancro blando simple, se ha presentado casi siempre acompañado de bubones: á pesar de esto, ha habido un número considerable de chancros sin esta complicacion. El fagedenismo hizo numerosos estragos sobre los chancros que se presentaron en la práctica médico-militar en los años de 1867 y 68, recien entrado el ejército á la capital, despues de la caida del Imperio; probablemente por el abandono en que se hallaban los soldados, bajo el punto de vista sanitario, y que era la consecuencia necesaria de las circunstancias de aquella época. En la actualidad, el chancro fagedémico es más escaso en la práctica del Hospital de Instruccion.

Los chancros duros son raros, relativamente al número de chancros blandos.

El asiento de todos estos accidentes ha sido el normal y comun de los accidentes primarios de la sífilis (la corona del glande cerca del freno, la mucosa del prepucio, los tegumentos del mismo, y algunas veces el escroto): sin embargo, se han presentado con alguna frecuencia en la márgen del ano y en la boca, pero felizmente el número de éstos es corto, relativamente al número total.

La falta de relacion que hay entre el número de enfermos sifilíticos, con accidentes secundarios y terciarios, y el número de enfermos que entran al hospital con accidentes primitivos, es un hecho digno de fijar la atencion. En efecto: si esta relacion fuera la natural, no habria en el hospital de San Lúcas un solo enfermo sin la sífilis constitucional, porque, vuelvo á repetir, que difícilmente se halla un soldado sin antecedentes sifilíticos. Ahora bien: creo que no bastan para explicar satisfactoriamente

este hecho, las constituciones más ó ménos refractarias á la sífilis, y el número relativamente corto de chancros duros: bueno es tener en cuenta la práctica habitual en dicho establecimiento del empleo del tratamiento específico, luego que aparecen los primeros accidentes sospechosos, por ligeros que sean, que es la aconsejada por Grisolle.

La sífilis constitucional se ha presentado en la práctica médico-militar de México con todo su cortejo de accidentes, desde los más superficiales y pasajeros, hasta los mas profundos. Las afecciones sifilíticas de la piel que se presentan, son por su órden de frecuencia; el ectima, el impétigo y el eszema sifilíticos. Las placas mucosas y las ulceraciones en la garganta en número considerable.

Las manifestaciones de la sífilis constitucional en los sistemas muscular y huesoso, constituyen la práctica habitual de la sífilis constitucional en el hospital de Instruccion. Los dolores reumatoides son muy comunes durante los inviernos: esto no deja de tener su importancia especial en la práctica médico-militar. En efecto: estos dolores, que resisten muchas veces á todo tratamiento, pueden ser dominados con notable facilidad por el ioduro de potasio, usado por un médico que conoce la fatal fecundidad del ejército para sífilis. Los dolores osteocopos son ménos comunes que los reumatoides, pero se ven con frecuencia.

La diátesis sifilítica con todos sus estragos, se ha presentado en número relativamente corto, pero suficiente para ser un objeto fecundo de estudio. Se han visto enfermos que pudieran considerarse como verdaderas piezas patológicas, como un curso práctico de la enfermedad si-

filítica: en efecto, algunos de estos enfermos han presentado además de todos los estragos de una sífilis inveterada: el accidente primitivo de una nueva inoculacion, prueba inconcusa, de que para un hombre sin moral y sin cultura, no hay escarmiento posible. La piel atigrada de estos individuos, presenta todas las variedades de sifílides perfectamente caracterizadas: su aspecto, profundamente demacrado, denuncia á primera vista una anemia incurable; las ulceraciones en la garganta y placas mucosas en la boca, el infarto de los ganglios del cuello y de las íngles, la boca desdentada, las encías corroidas pór diversas estomatítis, he aquí lo que á primera vista se percibe. Estos enfermos temen la llegada de la noche, porque sus dolores esteócopos los torturan; dolores que acaban al fin por tener una manifestacion inflamatoria, y que constituyen para el infortunado enfermo un nuevo accidente todos los dias, que se manifiesta en diversos puntos, y que, ó bien se resuelve por los cuidados á que se halla sometido, ó bien sigue su marcha inexorable hasta la supuracion, dejando en el lugar de su asiento una nueva fuente de pus inagotable. La osteítis y la periostítis, son los primeros pasos de estos accidentes locales: la cáries y la necrósis le siguen, y la supuracion inagotable viene por fin á terminar con los enfermos: el asiento de estos accidentes es principalmente la tibia, el húmero y la clavícula, siguiéndole las extremidades inferiores del cúbito, el radio, y, en una palabra: la porcion esponjiosa de todos los huesos se halla profundamente amenazada. Tal ha sido el estado de algunos enfermos sometidos á mis cuidados como practicante, durante mi permanencia en el Hospital

Militar de San Lúcas. En la actualidad tengo uno que presenta todos los accidentes de la sífilis constitucional, con una cáries del húmero y otra de la tibia, que dan diariamente más de un kilógramo de supuracion. Se comprende desde luego cuál será el desaliento del médico para corregir estos accidentes que se multiplican con tan siniestra fecundidad, y cuyas esperanzas no están basadas más que en el tratamiento general, impotente en estos casos.

Varios casos de iritis sifilítica y testículo venéreo se han observado desde 1867 hasta el presente.

Algunas observaciones se cuentan tambien de sífilis visceral en el Hospital de Instruccion. La lesion sifilítica del hígado, diagnosticada una vez y descubierta otra en la autopsía, la tuberculósis sifilítica de los ganglios brónquicos; y por último, tengo entre mis recuerdos un caso de lesion sifilítica de la médula espinal, caracterizada por la parálisis de los miembros inferiores y de los órganos abdominales, que habia sido tratada sin éxito por mucho tiempo en el Hospital de San Pablo, y que pasó al de San Lúcas, donde el Dr. D. Francisco de P. Larrea, por una sábia inspiracion, lo sometió al uso del ioduro de potasio, curando de esta manera en el espacio de un mes.

No recuerdo un solo caso de escrofulósis, cuyas manifestaciones no hayan estado ligadas con los accidentes de la sífilis.

Tal es, trazada rápidamente, la historia de la sífilis, que forma la práctica normal del Hospital Militar de Instruccion.*

* Como se habrá notado, he comprendido bajo el nombre genérico de sífilis todas las manifestaciones morbosas de orígen venéreo, porque no me ha parecido oportuno entrar en distinciones sobre su naturaleza en esta rápida Memoria, que no es más que la enumeracion de los accidentes que se observan normalmente en San Lúcas, bajo el punto de vista de su orígen comun: **el contagio.**

Estudio de las causas de la frecuencia de la sífilis en el Ejército, y medios de disminuirla.

No me voy á ocupar más que del contagio, estudiando las causas predisponentes y ocasionales de la fecundidad en la trasmision y los diversos focos infectantes. Paso desapercibido el contagio indirecto, por la dificultad que hay en el ejército de hacer investigaciones provechosas sobre este punto, pues que la mayor parte de los soldados enfermos ocultan la circunstancia de su inoculacion. Sin embargo, fácil será comprender que la masturbacion es el principal medio de contagio indirecto. El contagio accidental es muy posible en los cuerpos de ejército, ó más bien, es un peligro inminente; á pesar de esto, no he podido recoger ninguna observacion que justifique esta sospecha.

La sífilis hereditaria está fuera del objeto de este trabajo.

Todas las causas predisponentes del contagio, se hallan en el seno del ejército (como una consecuencia natural de los vicios en su organizacion y en sus elementos), á la vez que un número considerable de causas ocasionales. El resto de causas ocasionales se hallan fuera de él, constituyendo la Prostitucion propiamente dicha.

De aquí la division de este trabajo en dos partes, seguidas de las reglas higiénicas que son su consecuencia.

La primera comprende todas las causas que se hallan en el seno del ejército; la segunda las causas que se hallan fuera de él, ó sea la Prostitucion.

Causas que se hallan en el seno del Ejército.

Esta parte abraza el estudio de la moralidad, cultura, ilustracion y los hábitos morbosos del soldado; deteniéndome apénas en los puntos de cultura é ilustracion, como ajenos á la higiene.

MORALIDAD EN EL EJERCITO.

El Ejército de México está formado en la actualidad por los restos de tropas levantadas en épocas aciagas para el país; en las que las necesidades de la revolucion hacian indispensable un reclutamiento rápido y sin prescripciones.

El odioso sistema de la leva ha sido el único medio posible hasta el presente para el levantamiento de tropas. Odioso, no porque la autoridad (cuando es justa) use del derecho que tiene para obligar al ciudadano á cumplir con su deber, sino porque este sistema se ha aplicado siempre y exclusivamente sobre las clases desheredadas. Un mal sistema de reclutamiento debe, necesariamente, traer, como consecuencia, una acumulacion de elementos malos.

El reclutamiento en México se ha hecho en las capitales ó en el campo y pueblos de los Estados: en las capitales recae exclusivamente sobre el artesano, el trabajador, los mozos domésticos, los hombres miserables que salen en busca de ocupacion, y, lo que es peor, en los hombres que suministran materia y números á la estadística criminal de las ciudades. En el año de 1872, los agentes del reclutamiento sacaban soldados de las tabernas, y las autoridades sentenciaban criminales al servicio de las armas, si bien con la ventaja de dar ocupacion á los que no la tenian, y de limpiar á la sociedad de su escoria; en cambio con el gravísimo inconveniente de crear focos de corrupcion armados.

El reclutamiento en el campo recae sobre una clase ménos corrompida, pero suficientemente ignorante para corromperse con facilidad. La raza indígena que recorre los caminos, trasportando en sus espaldas diversos productos de la industria agrícola; el pastor, el jornalero, el arriero, y todos los hombres, en fin, que forman el gran cuerpo de trabajadores del campo, así como tambien el minero, dan su contingente de sangre á la nacion, formando el mayor número de los soldados del Ejército mexicano.

El sistema de voluntarios, que á primera vista parece exento de inconvenientes, hace ingresar á los batallones un gran número de elementos de inmoralidad. En efecto: en este sistema, ó bien el ciudadano se presenta voluntariamente á servir en el Ejército por cinco años, ó bien como reemplazo de otro, mediante una retribucion bien mezquina (12 pesos, poco más ó menos).

En tiempo de revolucion y guerra extranjera, muchos

ciudadanos patriotas ó partidarios decididos, se levantaban aisladamente, formando el sistema de guerrillas que es otro sistema de enganche de voluntarios, pero que por desgracia es el que cosecha mas criminales, apremiado por las necesidades de la guerra.

Los desheredados, aquellos que teniendo oficio no encuentran donde ejercerlo, por la miseria pública, ó bien los hombres perezosos que, acosados por sus necesidades ó por la policía, se refugian en el Ejército, no pueden ser elementos de moralidad; lo mismo sucede con el que, por la insignificante suma de 12 pesos, va á entregarse como un esclavo á los rigores de la Ordenanza. El voluntario de guerrilla es otro elemento de los que forman el Ejército actual.

Es cierto que el guerrillero es la figura más simpática en las grandes revoluciones de México; el indomable soldado de las selvas, sin hogar y sin amparo; sangriento como el leon y libre como las águilas, que no tiene mas que consignas de exterminio en defensa de la patria ó de su bandera, ni mas organizacion entre sus subordinados, que la que pudiera tener una tribu corrida de sus hogares y hambrienta de venganza: pero alrededor de esta figura imponente, se agrupan los bandidos de camino real y plagiarios; hombres que en las poblaciones cortas son el terror de los pacíficos; los prófugos de las capitales y perseguidos por delitos comunes, y en fin, todos los que hallan en las tristes necesidades de una guerra sin tregua y sin cuartel, un pretexto para dar rienda suelta á sus instintos depravados.

De los restos de las guerrillas que se levantaron duran-

te la guerra extranjera, terminada en Querétaro, se formaron varios cuerpos de caballería.

Es doloroso tener que señalar la lepra en las clases distinguidas del Ejército, por esto no intento investigar el orígen de la oficialidad, para deducir su moralidad y cultura: baste decir, que el Ejército cuenta con muchos oficiales dignos, que reunen á la abnegacion del soldado, todas las virtudes de un buen ciudadano; pero que salvo estas excepciones, la oficialidad dá su contingente no escaso, á las Salas de sífilis del Hospital de Instruccion.

Despues de lo que antecede, creo inútil detenerme haciendo reflexiones sobre la moralidad del Ejército como causa predisponente principal de la sífilis en el Ejército. No desconozco que despues de las revueltas que han agitado al país para constituirse definitivamente, es imposible que el Ejército actual cuente con los elementos de moralidad, necesarios para su salud y la de la sociedad: por eso me limito á señalar el mal, para indicar despues el remedio.

CULTURA.

Despues de haber analizado el orígen del Ejército, parece inútil detenerse á probar que carece de cultura, sobre todo la clase de tropa.

La cultura, que no solo es un elemento importante de la educacion social, sino que debe considerarse como la

base de la Higiene pública en el Ejército, bastaria para extinguir completamente la existencia de la sífilis.

A pesar de la vigilancia de los gefes de los cuerpos y de las prescripciones de la Ordenanza, se descuida mucho el aseo en los cuarteles, tanto en el edificio como en el soldado en particular. Esto tiene una grande importancia en la higiene de los ejércitos, y con especialidad bajo el punto de vista del contagio.

Acaso pudiera evitarse el contagio directo por medio de una extrema severidad en el aseo del soldado, y es muy sabido la inmensa parte que tienen en el contagio indirecto el descuido y la apatía. (Vease Higiene II.)

ILUSTRACION.

Por los datos que recogí en los diversos cuerpos que forman la guarnicion de la capital, he obtenido: que sobre 1.000 soldados, 52 saben leer y escribir, y 200 apénas saben leer solamente.

Entiéndase que no comprendo en este número sino á los soldados rasos.

HABITOS.

No puedo ocuparme en este artículo mas que de los hábitos morbosos que pueden ser en el Ejército medios de propagacion de la sífilis.

No es raro hallar en la práctica del Hospital militar,

accidentes sifilíticos que son la huella de hábitos vergonzosos; los chancros en la márgen del ano y en la boca, estigmas de la pederastía y la masturbacion.

Estos vicios, estudiados en todas las formas á que puede conducir la irritacion lujuriosa de los órganos, existe en el Ejército por causas diversas, pero todas ellas no bastarian para su existencia, sin la predisposicion de la inmoralidad de la tropa.

La mujer misma puede ser causa del desarrollo de estos vicios, aunque de una manera indirecta; la presencia de niños en los cuarteles y la presencia de hombres envejecidos ya con estos hábitos degradantes, hasta el punto de llevar en el conjunto de su organismo y carácter impresa la huella de sus costumbres. Estos últimos, son en el Ejército focos peligrosos de seduccion.

Si bien es cierto que en todos los cuarteles existen como una verdadera plaga centenares de mujeres que todo el mundo conoce con el nombre de soldaderas; tambien es cierto, que el soldado preso y condenado á no satisfacer sus necesidades y deseos venéreos, si no es con una de dichas soldaderas, llena la necesidad de sus órganos, sin que ningun otro atractivo pueda llevarlo al cumplimiento del acto de la generacion.

La mujer, bajo la forma en que se le halla en los cuarteles, no tiene de mujer mas que el sexo; es el aspecto más repugnante en que se puede encontrar á la mujer degradada; bajo esta forma pierde su prestigio á los ojos del hombre, y si éste, está condenado á no tener relaciones mas que con esta clase de mujeres, se halla eminentemente predispuesto á los vicios contra-natura.

Desde el momento en que la imaginacion y el afecto cesan de tener parte en los actos de la generacion, éstos solo quedan reducidos al hecho de la aproximacion de los dos sexos y á la sensacion especial de los órganos genitales, tanto más obtusas cuanto ménos simpatía existe entre ambos individuos: una vez reducidos los deseos venéreos á la sensacion genital, ¿qué raro es que un individuo ignorante y sin moralidad ni cultura, se proporcione esta sensacion por otros medios que no son los naturales ¿qué raro es que se aleje de una mujer que no tiene ningun atractivo á sus ojos, y que quizá le ofrece ménos placer que el que le proporcionan sus hábitos contranaturales.

A veces el soldado carece de mujer, porque el número de las que entran al cuartel es inferior al número de soldados que componen el batallon: en este caso, se encuentra aislado y en presencia de una prostitucion sorda y oculta á los ojos de los gefes del batallon: está hundido en un abismo sombrío, contemplando todos los cuadros asquerosos que puede presentar una lujuria desenfrenada.

La edad del soldado es un punto muy importante, que interesa á la Higiene militar, á la Higiene pública y al porvenir de las generaciones: este deberia ser el punto de partida en todo reclutamiento; y nunca debiera admitirse á un individuo de ménos de veinticinco años en el servicio de las armas.

Si el objeto de este estudio no estuviera limitado á las causas de la sífilis, á cada momento tendria que citar la edad, como causa predisponente de numerosas enfermedades en el ejército.

El furor de reclutamiento á que se han entregado todos los gobiernos de México por las necesidades de la revolucion, no ha respetado ni la castidad de la infancia, ni la debilidad de los niños. Desde los memorables tiempos de Santa-Anna hasta nuestros dias, el Ejército ostenta á la cabeza de sus batallones una vanguardia de niños pálidos y enfermizos.

La infancia, vestida con los arreos militares, es una ironía y un crímen de la sociedad.

El niño, para su completo desarrollo, necesita vivir exclusivamente entregado á su niñez; nutrirse, respirar y entregarse á todos los ejercicios á que su edad le llama. Esa movilidad, esa inquietud que tanto caracteriza á la infancia, no es más que la manifestacion de un organismo que trabaja por su propio desarrollo. Los grandes movimientos de nutricion solo se observan en la infancia, edad única en que predomina el movimiento de composicion sobre el de descomposicion: puede decirse que esta época de la vida no tiene más objeto que crearle una base sólida.

Los niños, formando vida comun con el soldado adulto, son causa del onanismo y de la pederastía en el Ejército. La debilidad, la impresionabilidad y la belleza, son sus caractéres exteriores más prominentes.

La debilidad impulsa al niño á buscar instintivamente compañía: el niño aislado tiene algo de ave sin alas. Con nadie se contrae tan fácilmente amistad como con un niño, y todo esto es el resultado de la profunda ignorancia en que se encuentra de las cosas de la vida. El soldado niño (10 á 14 años) contrae amistad íntima con el solda-

do adulto, porque no puede vivir desamparado y solo en un cuartel donde crugen las armas y resuena el áspero mandar de los superiores, donde la riña suele levantarse en oleadas que salpican sangre.

Como tiene conciencia el niño de su debilidad, cede ante la amenaza, sin oponer más resistencia que la trémula súplica de sus lágrimas; pero acaso el vicio nunca necesita del miedo para seducir á estas víctimas por la impresionabilidad que tanto las caracteriza.

Las primeras impresiones que un niño recibe en el cuartel, hacen del niño soldado un niño infame. Yo he visto un corneta de 10 años intentar un asesinato con el odio sombrío de un adulto: ¡relámpago preñado de espantosas promesas para el porvenir!

Cuando no es perceptible la belleza en la fisonomía de un niño, se trasparenta en su mirada, se percibe en el timbre armonioso de su voz, en la redondez de sus formas, en la fragilidad de sus miembros. La niñez es bella cualquiera que sea el abismo donde se le encuentre: irradia en el cieno como un reflejo de astros.

Y bien, en un cuartel, donde la mujer no tiene encanto, donde existen hombres hastiados de un placer cuotidiano y con la irritacion propia de una ociosidad de pensamiento, que solo se ocupa de la imágen obscena, la belleza y docilidad de un niño son causa de vicios repugnantes.

El niño, por su debilidad, se deja arrastrar sin resistencia; por su impresionabilidad se corrompe más que el adulto y se convierte en seductor, y por su belleza, en fin, inspira á los séres degradados la idea de placeres nuevos.

Pero si los niños son un perjuicio para el Ejército, ¿cuál será el porvenir que el Ejército ofrece á estos séres infortunados? Los placeres venéreos arrancados á la frágil organizacion de la infancia, absorberán toda la sávia de su desarrollo; la tosca alimentacion del rancho enfermará sus órganos digestivos, y á la nutricion imperfecta se unirá el agotamiento lento de las afecciones intestinales crónicas (diarrea, colítis, éntero-colítis, etc.); el arreo militar y la fatiga doblegarán sus huesos frágiles aún y cartilaginosos; el ambiente viciado de los cuarteles envenenará su sangre, y la inoculacion de la sífilis en esta edad, vendrá á borrar toda esperanza de regeneracion.

Con motivo de los placeres venéros, dice Michel Lévi: "En Esparta los hombres no podian casarse sino despues de los 37 años, porque la ley queria ante todo jóvenes vigorosos y aptos para la práctica de las virtudes varoniles."

Por fortuna va desapareciendo en México el reclutamiento de niños para las bandas; sin embargo, existen muchos aún en los batallones.

Los individuos envejecidos en los hábitos del onanismo y la pederastía, llevan en el conjunto de su organizacion y en el carácter las huellas que los caracterizan.

Hé aquí el cuadro que Mr. Georget dá de los caractéres del onanista:

"Languidez general, inteligencia debilitada, momentos de ausencia, memoria infiel, vértigos, ojos rodeados con un círculo lívido, pupilas habitualmente dilatadas, indiferencia y aversion por los objetos que excitan la atencion de las otras gentes y en particular por los individuos del

sexo opuesto, palpitaciones fatigosas, sueño interrumpido por ensueños voluptuosos, por erecciones y poluciones nocturnas, síncopes fáciles, flaxidez de los órganos genitales en el hombre, uretrítis crónica que puede tomarse por una espermatorrea; irritacion del clítoris y de la vagina en la mujer, flores blancas. En fin, los excesos del onanismo causan enfermedades determinadas, siempre difíciles de curar y frecuentemente incurables. Tales son la especie de locura llamada demencia, la epilepsía, la hipocondría y la histeria; flegmasías crónicas de diversos órganos, que terminan por el marasmo, la "*tabes dorsal*" y la muerte.

El pederasta presenta con frecuencia caractéres exteriores que lo denuncian á los ojos del observador, y que pudieran servir á la higiene para sorprender estos elementos de enfermedad y contagio en los cuerpos colegiados. Su talla no presenta nada especial; sus miembros son arredondados, el pecho abultado, la pélvis amplia; su fisonomía, desprovista de barba, tiene un sello repugnante de ternura que todo el mundo conoce; la mirada es lánguida y el gesto impregnado de coquetería; el pelo natural ó artificialmente rizado y repartido con esmero, dista mucho del descuido elegante que forma la "*Toilette*" del hombre verdaderamente varonil.

Su carácter afeminado suele á veces llegar hasta la exageracion; gusta de la sociedad de las mujeres, donde halla acogida como un sér inofensivo. El pederasta es una especie de amigo de confianza de las mujeres con quienes se asocia: éstas le confian parte de sus ocupaciones, y le tratan sin pudor y con un cariño en que se trasparenta

la ironía y el desprecio; su voz femenil se mezcla á la algazara comun, y grita y rie, llevando en todos sus actos el repugnante sello de sus instintos. Tiene inclinaciones irresistibles á imitar todos los actos fisiológicos de la muger y todas sus enfermedades; adopta sus costumbres, y se le ve arrullar á un niño con la ternura de una madre.

Su modo de vestir tiene algo de característico. Como comunmente se hallan estos séres en las clases inferiores de la sociedad, se les encuentra casi siempre en pechos de camisa ostentando mil adornos extravagantes y que son obra de sus manos, como tejidos de hilo, ondas, etc.; sus brazos están desnudos, no usa calzado, y tiene una repugnancia invencible por el uso del sombrero.

Si todos los pederastas tuvieran estos caractéres, seria una ventaja para la higiene y la moral, que entresacaria de todos los cuerpos colegiados estos elementos tan peligrosos, pero desgraciadamente no es así, y se ven estos hábitos vergonzosos bajo las apariencias de una virtud engañosa y bajo aspectos varoniles perfectamente caracterizados.

La única huella que comunmente denuncia la pederastía en el Ejército, es la inoculacion de las enfermedades venéreas en lugares que no son su asiento normal: esto conduce á una reflexion que no deja de tener su importancia. En efecto: el virus que se trasmite por los hábitos contranaturales, no puede tener otro orígen que los órganos genitales de la mujer, trasmitido al hombre por el coito natural; luego los casos de pederastía que se han descubierto en el Ejército por las manifestaciones de la sífilis, no son casos de hábitos morbosos. El pederasta y

masturbador habituados, tienen por carácter invariable el desden y la repugnancia por el sexo opuesto, y las lesiones que los denuncian, son puramente mecánicas y fuera de toda especifidad: así es que puede sentarse como principio, que en el Ejército no existe la pederastía habitual, y que todos los casos que se han observado no son más que aberraciones pasajeras de espíritus corrompidos y ciegos de lujuria que se hunden en el vicio, impulsados por las diversas causas ocasionales que ya he mencionado.

No puede decirse otro tanto de la masturbacion. Los casos que se han presentado en la práctica médico-militar han sido denunciados á los ojos del médico por los diversos accidentes nerviosos, que constituyen la expiacion de los que se entregan á este vicio deplorable. Cuento entre mis observaciones, tres casos de monomanía religiosa, dos caracterizados por su aspecto demacrado y una susceptibilidad nerviosa excesiva, y otro, que tenia una tendencia invencible á llevar sus manos á los órganos genitales, y en quien el Sr. Montes de Oca me hizo notar manchas de sémen endurecido sobre el dedo pulgar y el dorso de la mano derecha.

La frecuencia con que se presentan casos de soldados jóvenes y epilépticos en el Hospital Militar, hace pensar en la masturbacion como causa de esta enfermedad, y aun recuerdo haber podido arrancar á dos soldados epilépticos una confesion plena de vicios inveterados.

Creo oportuno hacer notar que el vicio de la masturbacion se apodera de los soldados jóvenes de 18 á 20 años. (De ocho casos que he podido reunir, solo uno contaba 25.)

PROSTITUCION.

He dividido la Prostitucion en cuatro clases, teniendo presente al hacer esta clasificacion, la influencia especial de cada una de ellas en la propagacion y mantenimiento de la sífilis.

Toda prostitucion es peligrosa; pero de las cuatro clases que he citado, la *Prostitucion clandestina miserable* es la que presenta mas probabilidades de inoculacion: sigue inmediatamente la *Prostitucion clandestina vergonzante;* despues la *Prostitucion pública*, y en último término la ***Prostitucion especial del Ejército.***

En este órden voy á describirlas:

PROSTITUCION CLANDESTINA MISERABLE.

No quisiera describir á la prostituta miserable: esa lujuria demacrada y cubierta de harapos, esa mujer hambrienta y enferma, que no pide limosna ni compasion, y que no aspira ni aun á las consideraciones de humana; ese fantasma, en fin, que duerme el sueño de la embriaguez arrinconado en una puerta: no quisiera detenerme en esta descripcion, aun cuando el sacerdocio á que aspiro es suficientemente grande para ampararme contra el desden de mis semejantes. Sin embargo: me parece que estudiar la vida y costumbres de todos estos séres; llamar la atencion de la autoridad y de los médicos sobre ellos bajo el punto de vista de la prostitucion, es tocar la llaga mas asquerosa de la sociedad; es pretender curarla: porque es

necesario convencerse de que la sífilis que se desborda de las grietas donde habita la prostitucion miserable, es la misma que se desliza furtivamente en el palacio del rico, la que suele envenenar á la infancia en el hogar, y la que estrangula á la juventud en sus dias mas preciosos, prometiendo así al porvenir una generacion vergonzosa.

Se ve en los partes diarios de policía figurar una cifra considerable de mujeres que ingresan á la cárcel por los delitos de robo, incontinencia, embriaguez, riña y heridas: este movimiento en la estadística criminal lo forman determinado número de mujeres que están habituadas á entrar á la cárcel, y salir de ella para volver á entrar despues como la cosa más natural de su vida.

Causa pena ver que la autoridad solo fija su atencion sobre estas mujeres por los delitos arriba citados, sin juzgarlas nunca bajo el punto de vista de la prostitucion: no es necesario haber frecuentado mucho los hospitales civiles para notar que es sobre este oprobio del sexo adonde se encuentran los principales focos de infeccion, ni es necesario tampoco detenerse en una descripcion minuciosa para caracterizarlo á los ojos de la policía.

La mision de ésta no es solamente aprehender al criminal infraganti delito: si tiene derecho para encarcelar á un individuo simplemente por sospechoso, ¿por qué no ha de poder hacer lo mismo con una mujer que ofende á la sociedad con solo su aspecto, al pudor con su cínica desnudez, y á la moral con su lenguaje áspero y repugnante? Sin embargo, en este punto se trasparenta á los ojos de la reflexion lo necesario que es que la policía deje de ser un oficio degradante: en efecto, miéntras sus agen-

tes no sean hombres de reconocida ilustracion y sus honorarios no inviten á las clases honradas de la sociedad á aceptar este oficio, que tiene mucho de sacerdocio, apresar á las mujeres infelices y exigirles patente, seria un horrible pretexto de opresion, un dogal más en el cuello de los infortunados. ¡Cuántas veces en las más insignificantes cuestiones de policía no sabemos sobre quién debe recaer nuestra indignacion, si sobre el agente ó el criminal!

A pesar de todo esto, es indispensable extinguir el orígen de un mal de tan funestas trascendencias; y por lo mismo quiero detenerme en esta descripcion, intentando caracterizar á la prostituta miserable, y haciendo una clasificacion útil á la salubridad pública.

La prostituta miserable sale con la luz del dia á vagar en las calles; ¿de dónde? es difícil decirlo: increible parece que esta mujer tenga un lecho y un hogar: se pierde con las sombras, y solo el vigilante nocturno suele dar con ella para conducirla sobre sus espaldas á la Cárcel pública en las altas horas de la noche. Pero esta mujer debe ampararse de los rigores del frio en alguna parte, debe satisfacer su hambre de alguna manera; está sujeta, en fin, como todos los séres, á conquistar los dias de su vida.

Al Sur, al Norte, y sobre todo al Oriente de la capital, se ve, como en un mar que purifica su oleaje, represada la clase ínfima de la poblacion. El barrio de San Lázaro es el que está mejor caracterizado bajo este punto de vista. Las cabañas que por allí se levantan, participan del aspecto rústico del hogar del campesino, y del sombrío y ruinoso conjunto de la ciudad, que comienza á abandonar

aquellos lugares: al lado de una pared sucia y próxima á derrumbarse, se levanta un albergue negro y humeante, improvisado con madera vieja ó adobes: albergue, donde parece imposible la respiracion y la vida, y donde, sin embargo, se escucha á través de sus mal cerradas paredes, el sollozar de los niños acompañado de ese ruido particular, que indica que allí trabaja una mujer infortunada: en aquella estrechez, arden mil sustancias que producen un olor insoportable y sofocante; respiran adultos y niños, y hasta el perro miserable se asocia á la miseria humana, y duerme hambriento á la puerta, como el único guardian de tanto desamparo. Mas allá se ven, entre los escombros de una casa derruida, salir los niños desnudos y escrofulosos, buscando sol á la misma hora en que los reptiles salen de sus grietas para desentumecerse. En medio de los muladares se levantan una especie de tiendas de campaña, formadas con esteras viejas, sacas de carbon y todos los desechos de la ciudad, que pueden servir para tan simplificado albergue.

Pero no es solamente la clase que se halla en semejantes habitaciones la que forma la clase miserable de la poblacion: por esos mismos rumbos habitan gentes que están colocadas un poco más arriba que las anteriores, y que figuran, á pesar de su miseria, en la categoría de inquilinos, pagando una renta mensual por la accesoria que habitan.

Comenzando de las orillas de la ciudad al centro, hay una gradacion en el aspecto de las casas, que pudiera bastar sola, para observar cómo están colocadas las clases sociales. De la cabaña modestísima que acabo de describir,

sigue la casa de adobe, de un solo piso, sin ventana, y dividida en celdillas estrechas y sucias, con puerta hácia la calle; estas casas son generalmente el patrimonio de los propietarios muy pobres: siguen despues las casas de adobe tambien, y de un solo piso, pero que ya han merecido los honores de la pintura, y que están fabricadas bajo la forma de casas de vecindad, teniendo cuartos, cuya puerta dá hácia un patio, y accesorias con puerta para la calle. Si bajo este punto de vista se trazan círculos concéntricos sobre el plano de la ciudad, es sobre los tres últimos donde se halla el orígen de lo que vengo llamando hasta aquí prostitucion miserable.

Esta profusion de casas derruidas y pobres, se halla principalmente al Oriente, formando los barrios de San Lázaro, la Palma y parte de San Pablo; al Sur, San Antonio Abad, Niño Perdido, Belen y Campo Florido, y al Norte, los barrios de Santa Ana, Santa María, los Angeles y las garitas de Peralvillo y Vallejo: solo al Poniente parece que la tierra prepara un lecho de flores para la ciudad que avanza, y por allí no encuentra abrigo el miserable, porque los terrenos pertenecen á las clases acomodadas.

Los habitantes de los suburbios de la ciudad son esos séres que rara vez van al centro, porque con solo su aspecto sobresaltan á la policía y las gentes honradas: de semblante demacrado y adusto, de mirada sombría y recelosa, andan envueltos en una sábana sucia, ó bien en pechos de camisa y calzon blanco: aparentan respeto á las clases superiores, pero en ese respeto hay algo de la humildad del tigre. Entre estos hombres es donde se en-

cuentra al asesino vulgar, al ladron y al ratero: todos ellos caminan recelosos, porque el que ménos, es desertor del Ejército.

Se ve en ese gusanero humano, que hormiguea en los muladares bajo el ardiente sol de mediodía, resaltar el pantalon rojo y la chaqueta azul del soldado, que los prófugos del Ejército han llevado entre esas gentes, y que ya convertidos en harapos les sirve para abrigarse de la intemperie.

Si el amor y la inclinacion á lo bello fuera el orígen de la prostitucion, ciertamente que las mujeres de esta clase no presentarian ningun peligro á la sociedad en la propagacion de la sífilis. Su aspecto es repugnante; ningun vestigio de belleza puede encontrarse en su fisonomía: parece que estas mujeres cayeron en la horrible noche de su vida sin pasar nunca por las alboradas de la infancia y de la juventud. ¡Espectros que rien con sus alegrías, y lloran con sus dolores, sin recatarse del mundo! Si un dia se levanta un patíbulo para ejecutar á un asesino, no es difícil escuchar á las puertas de la cárcel los alaridos de una de estas mujeres que se desespera: y hasta en la riña vulgar, resalta este gemido en medio de las imprecaciones de dos asesinos que se espían para devorarse.

¡Pobres mujeres que se amparan solas en su ignorancia y su cinismo; y que desde la cuna han aspirado el gérmen de la muerte con el primer movimiento de la vida!

De constitucion caquéctica y temperamento indefinido, porque en un hacinamiento de miseria y enfermedad tal, difícil seria marcarlo, son el pasto de multitud de afecciones que forman un cuadro limitado en la estadística de la

mortalidad, en esta clase social. La sífilis, las fiebres, sobre todo, paludeanas; afecciones hepáticas é intestinales, alcoholósis; las afecciones escrofulosas y tuberculosas, siendo de estas últimas la mas frecuente la Tísis Pulmonar, sobre todo en las mujeres jóvenes. Hé aquí las enfermedades reinantes entre los miserables de México.

Despues de haber trazado este cuadro sombrío, parecerá increible que allí baje la lujuria buscando las fuentes del placer. La prostituta miserable se rinde por una caja de cigarros, un centavo de aguardiente, y muchas veces le basta la promesa de un lecho mezquino donde abrigarse de la intemperie, para seguir al que la solicita.

Sin embargo: no es solo la prostitucion lo que les suministra los elementos necesarios para satisfacer sus vicios y necesidades: en efecto, son tan miserables los que compran el placer á la miseria misma, que pudiera decirse que el hambriento quiere dar pan á la hambre. La prostituta infeliz se prostituye cada vez que encuentra oportunidad; pero no es este su único medio de vivir: trabaja y vive del producto de su trabajo; busca destino en las tortillerías, sirve de galopina en las cocinas de las fondas grandes, se presta á barrer las calles y á lavar el suelo, ocupándose, en fin, en todo lo que puede, mediante una mezquina retribucion: cuando por medio de su trabajo logra hacerse de recursos, suele entregarse á pequeñas industrias, que le producen tambien elementos y le sirven de pretexto para introducirse en los cuarteles (vende fruta, café, guisos, etc.)

Me he detenido sobre este punto, porque la prostitucion miserable es, segun mi opinion, el principal orígen

de la sífilis en el Ejército, y lo que es más: el Ejército es el punto de propagacion de la sífilis de los miserables, con las demas clases de la sociedad. Inútil seria detenerme á probar este aserto, cuando el soldado mismo es reclutado en las asquerosas cabañas de los suburbios.

No he querido probar hasta aquí, que toda la multitud de séres infortunados que forman la clase ínfima de la sociedad, es la que compone las estadísticas del crímen; no: líbreme Dios de arrojar mas ignominia sobre esas frentes ya demasiado abatidas por la suerte. Si es cierto que el ladron receloso se refugia en esas grietas de la ciudad que se llaman suburbios; si por allí se afila el puñal del asesino y se arrastra la ramera perezosa y enferma, escondiéndose de la luz; tambien es cierto que en esas cabañas duerme la virtud miserable, esa virtud que existe ignorándose á sí misma, y que solo se ha encomendado al trabajo y la resignacion. Puede encontrarse en esta clase social, la mujer honrada y la fidelidad conyugal. El amor suele esconderse debajo de los harapos y crear una felicidad que muchas veces no puede conquistar el opulento.

Estos séres forman una clase útil á la sociedad y á la industria, porque se entregan á oficios que ninguna otra clase acepta: así es como la *trapera* "forma un elemento indispensable en la industria del papel, recogiendo harapos en los muladares; la "sebera," que cubre las necesidades de su vida vendiendo y comprando grasa para los fabricantes de bujías; muchos hombres que recogen la seniza de las casas particulares, para venderla á los fabricantes de jabon; y, en fin, multitud de oficios tan útiles á la sociedad como mezquinos. Muchos de estos individuos

se entregan á pequeñas industrias que les suministran elementos para la vida; además de que no es remoto encontrar en los suburbios al artesano, sobre todo el tejedor: se ve que por allí se hacen juguetes para niños, como muñecos de barro ó trapo, cojines para plancha de lavandera, jaulas, y en fin, un gran número de objetos útiles para la vida doméstica, y que son la mejor prueba de que el trabajo no huye de aquellos lugares.

Réstame para terminar este artículo, citar á la clase indígena que habita los suburbios ó pueblecillos cercanos á la ciudad (Romita, la Piedad, etc.) como una de las fuentes de la prostitucion miserable.

PROSTITUCION CLANDESTINA VERGONZANTE.

En Paris se llaman prostitutas clandestinas, aquellas que por sus apariencias de virtud escapan á la inspeccion de la policía: generalmente son acomodadas, elegantes, y viven con un recato que es la red donde caen los inexpertos. Becquerel denuncia á estas mujeres como el más temible peligro de la inoculacion sifilítica.

Esta prostitucion en México es rara, y la que existe no presenta los mismos peligros que la parisiense, porque lo comun es, que los hombres de mundo acomodados, se apoderen de estas mujeres para vivir en mancebía con ellas: pero hay otra prostitucion clandestina, que llamo vergonzante, y que es á mi juicio una fuente de inoculacion.

La Inspeccion de policía no puede exigir patente á cierto número de mujeres pobres, que con todas las apariencias de honestidad, acreditan medios de vivir con honradez: las criadas domésticas (recamareras, cocineras, nodrizas, etc.) y las costureras de casa particular y de taller, tienen un salario tan modesto, que apénas les basta para cubrir las primeras necesidades de su vida: estas mujeres se prostituyen en secreto, porque todavía tienen vestigios de pudor que les prohibe lanzarse abiertamente en el camino de la prostitucion; pero están tan expuestas á inocularse como la mujer descarada.

El pudor á medias, en lugar de ser benéfico, es perjudicial para ellas y para la sociedad. Estas mujeres tienen un horror invencible y hasta cierto punto justo por la cama de un hospital, y cuando se enferman, como no tienen elementos para curarse, se limitan á lavarse á solas, empleando tópicos sin efecto.

Una mujer avergonzada porque lleva un chancro en sus órganos, difícilmente confiesa su enfermedad; y como ignora las trascendencias de su mal, se entrega como siempre para seguir cubriendo sus necesidades. Yo conozco muchos jóvenes que, creyendo huir de la sífilis, han caido en este foco de enfermedad, tomando sus primeros accidentes en estos séres á su parecer inofensivos.

En el Ejército, la oficialidad es la que está mas expuesta á este peligro: pero de las dos clases de mujeres de que vengo tratando, la criada doméstica es mucho mas peligrosa que la costurera; porque ocupando un grado inferior en la escala social, lo mismo se roza con el soldado desaseado é inculto, como con los gefes del batallon; sir-

viendo de esta manera para propagar la enfermedad en todas las clases del ejército.

La criada doméstica, perseguida por los jóvenes acomodados, toma en el soldado la sífilis de la prostitucion clandestina miserable inoculada al ejército, y la propaga en todas las clases de la sociedad.

PROSTITUCION PUBLICA.

Poco me detendré sobre este punto, que pertenece exclusivamente á la Higiene pública. Baste decir, que el Municipio ha reglamentado esta prostitucion, dividiendo las prostitutas en 1ª, 2ª y 3ª clase, sujetas todas ellas á una inspeccion semanaria que se hace constar en una patente.

La observancia de este reglamento ha bastado para disminuir de una manera muy notable la cantidad de sifilíticos (accidentes primarios), en los hospitales civiles de México. Sin embargo: miéntras las autoridades no fijen su vigilancia sobre la Prostitucion en todas sus formas, no bastará esto para la extincion de la sífilis.

Hay una prostitucion que pudiera llamarse *Prostitucion pública miserable*, y que está descuidada por la policía, escapando así de la inspeccion: esta prostitucion tiene casa donde acuden los hombres degradados, y es tan numerosa, que ha bastado para caracterizar el barrio donde habita (Tepechichilco).

Los soldados del Ejército (sobre todo los que pueden

salir del cuartel como cabos, sargentos, asistentes, etc.), son los que principalmente se rozan con las mujeres de esta clase, atraídos probablemente por lo mezquino del precio. Los jóvenes incautos que comienzan á entrar á la pubertad, y que carecen de recursos, suelen deslumbrarse y caer en este fango, porque estas mujeres á veces toman un aspecto provocativo á pesar de su miseria.

PROSTITUCION ESPECIAL DEL EJERCITO.

La soldadera es una mujer-soldado: audaz, vigorosa y soberbia; lleva en el conjunto la ruda impresion de su carácter varonil; su semblante, generalmente desprovisto de belleza y trigueño por la raza y la intemperie, es duro y anguloso; su mirada altanera, y sus formas han perdido la morbidez propia del sexo; viste en general con un traje que se aproxima un poco al del hombre; tiene predileccion por la blusa y camisa de hombre, usa pocas enaguas, y ciñe su cintura de un modo exagerado, quizá con la intencion de evitar el embarazo.

Entiéndase aquí que hablo de la soldadera, y que no doy este nombre á una multitud de mujeres que se hallan entre los soldados y que he clasificado ya, lo mismo que otras de que hablaré despues. Una soldadera se considera á sí misma como formando parte del batallon donde se encuentra: así es que en sus conversaciones se la oye decir: "soy del 1º; me dí de alta en el 15, etc." Estas mujeres han participado de todas las penalidades de su Cuerpo; describen todas las peripecias de una batalla, y se ex-

presan de sí mismas de la misma manera que lo haria un veterano. "Cuando atacamos el fuerte de San Mateo, dicen: ó bien: "cuando nos derrotaron en tal parte.".......

La influencia moral de estas mujeres sobre el Ejército, no deja de ser de alguna consideracion: los generales mexicanos no pierden de vista en campaña este elemento pernicioso unas veces, y benéfico otras: así es, que durante una marcha, ó en presencia del enemigo, los gefes tienen cuidado de hacer marchar á las soldaderas á vanguardia ó retaguardia, segun los planes militares. La cirugía militar suele utilizarlas: así es como el Dr. José Espinosa recibió, segun me ha dicho, de estas mujeres, importantes servicios en el fragoroso campo de San Mateo; estos servicios pueden ser preciosos en las sorpresas, cuando se libra una batalla repentina en medio de un campo, donde no ha sido posible levantar un hospital, y donde el cirujano, cubierto de polvo y sangre, tiene que dar su benéfico socorro en el mismo campo de la muerte.

La moral del soldado está íntimamente ligada con la de la soldadera: durante las batallas se libran órdenes inflexibles con el objeto de separar á estas mujeres del cuerpo de Ejército; porque en ellas aparece el vértigo inicial del desórden ó los primeros gritos de desaliento. Sin embargo, no tienen miedo; el estruendo de la campaña no las arredra, y se deslizan furtivamente en aquella atmósfera de muerte con el odioso instinto del robo, sin preocuparse del éxito del ataque ó la defensa.

En este caso las mujeres se hallan tan expuestas como el soldado á los estragos de la guerra; y cuando no se ha tenido cuidado, ó no ha sido posible eliminarlas ántes de

la batalla, la cirugía militar tiene frecuentes casos de mujeres mutiladas, que soportan sus heridas con una resignacion y un valor notables. En el ataque dado á la capital de México por el general Blanco, se vieron muchos casos de mujeres heridas gravemente, y entre ellas uno, de una mujer á quien una bala de cañon habia despedazado un muslo muy cerca de la articulacion coxo-femoral. Esta mujer estaba tranquila, fumando con indiferencia y contemplando la horrible mutilacion de su miembro con una sonrisa glacial.*

Consigno este hecho, como un ejemplo de las modificaciones que puede sufrir la organizacion de una mujer por la educacion y los hábitos. Otro que me ha sido referido por mi amigo el Sr. Sola, antiguo militar, y que creo oportuno referir aquí, es el de una soldadera embarazada que fué sorprendida por el trabajo del parto durante una penosa travesía: esta mujer se retiró á la orilla del camino, deteniéndose nada más el tiempo indispensable para dar á luz el producto de la concepcion.

Las soldaderas en campaña son tan útiles al Ejército como perniciosas á las poblaciones. Los gobiernos de México nunca han podido cubrir las necesidades de sus ejércitos beligerantes; el soldado mexicano en campaña carece de todo, y si se mantiene indomable es solo por esa resignacion paciente que tanto caracteriza á la raza indígena. Mal equipado, mal pagado y sin libertad para proporcionarse recursos, camina fiado á esa providencia femenil que á despecho de los ciudadanos pacíficos y el derecho

* Observacion de mi hermano R. García Figueroa.

de propiedad, cubre siempre las primeras necesidades del beligerante.

La llegada de las tropas á las poblaciones es precedida por la compañía de soldaderas, que como parvada de aves de rapiña, caen sobre las sementeras, se deslizan en los corrales, haciendo desaparecer todo lo que está á su alcance: así es como el soldado halla casi siempre al rendir la jornada, que su soldadera le ha preparado almuerzo y provisiones para el resto de la travesía.

Todos los Estados de México dan su contingente de soldaderas al Ejército, salvo la capital, donde la mujer se prostituye al soldado, pero lo abandona luego que éste embraza el arma para salir á la guerra. La que se caracteriza mejor, es la hija del Estado de Guadalajara: esta mujer es robusta, de talla elevada y temperamento sanguíneo: si alguna vez por casualidad se encuentra la belleza entre las soldaderas, es entre las hijas de Guadalajara, donde suele encontrarse con más frecuencia; tiene algo de ferocidad en el carácter, y su valor excede en muchas ocasiones al del hombre: usa para su defensa el cuchillo curvo del zapatero, y tiene una predileccion decidida por herir á sus enemigos en la cara: las causas de sus riñas pueden ser los celos, pero la más comun es su tendencia á la superioridad. Vuelvo á repetir que la "*Tapatía*," como vulgarmente se conoce, es el tipo de lo que vengo llamando soldadera, es decir, la prostituta del soldado. En efecto, pocas veces se rinde á la solicitud de un hombre, si no lleva éste en sí el prestigio del arreo militar.

México cuenta entre sus recuerdos una mujer de Guadalajara, que militaba á la cabeza de una guerrilla, y que

no era más que una soldadera, que por su valor y carácter indomables logró conquistar prestigio, haciéndose obedecer de los hombres.

Despues de la revolucion, esta mujer entró á la Cárcel de México por delitos comunes, donde conservó su prestigio, siendo nombrada presidenta del departamento de presas: cuando cumplió su condena, fué puesta en libertad y asesinada alevosamente por otra mujer.

Despues de este rápido bosquejo de lo que es una soldadera, resta estudiarla bajo el punto de vista de la prostitucion.

¿La soldadera sigue al ejército por amor á un soldado? No; lo comun es que esté comprometida con uno solo, sin que esto le sirva de obstáculo para prostituirse á los demás. En estas circunstancias participa del sueldo de su amante, tiene con él todas las atenciones y cuidados propios de la vida conyugal, ménos la fidelidad, que olvida cada vez que el aislamiento de algun otro soldado la provoca.

Parece que no es de grande importancia para el soldado la fidelidad de su querida: esto hasta cierto punto es natural, en efecto: el lazo que une á estos séres tiene más de espíritu de asociacion que de amor; un gran número de soldados, arrancados al hogar, viven desamparados en su cuartel, y buscan instintivamente una mujer que atienda á sus necesidades; otros, más degradados, la buscan con el solo objeto de asegurar la satisfaccion de sus deseos, pero casi siempre ningun afecto estrecha á estos dos séres.

Sin embargo, la mujer infiel, la embriaguez y el juego, son las tres causas principales de la riña y el asesinato en

el ejército; pero no es precisamente el amor lo que impele al soldado á reñir por su querida.

Cuando la soldadera no sigue al ejército en mancebía con algun soldado, se constituye en la vivandera de toda una compañía, sirve á todos los soldados que la componen, y los abastece de azúcar, tabaco, pan y bebidas alcohólicas, burlando la vigilancia de la guardia. Esta mujer es la prostituta de toda una compañía.

Entiéndase que no comprendo entre las soldaderas, una multitud de mujeres que viajan con la tropa y que son los girones del hogar destrozado por el paso inexorable del reclutamiento.

Fácil es distinguir á esta mujer en el camino y á la puerta de un cuartel durante los preparativos de marcha.

En el camino corre en pos del batallon, jadeante y cubierta de sudor; se mezcla poco á la algazara general, y á veces lleva un niño en sus espaldas: poco experimentada, no conoce todos los recursos que hay en campaña contra el cansancio y la escasez; así es que, raras veces se le ve coronando los carros de equipaje; y si roba, lo hace por imitacion y sin maestría.

Durante los preparativos de marcha, la puerta de un cuartel es el teatro de escenas variadas, y cuadros donde un observador atento puede encontrar elementos numerosos de reflexion. Dentro del cuartel reina la agitacion y un movimiento inusitado; las órdenes de los oficiales se hacen oír imponentes y altaneras en medio de la algazara general; el clarin resuena á cada momento; las armas chocan, y frente á este espectáculo se ven algunas mujeres atentas, como si quisieran espiar el porvenir á traves

de tan fúnebre excitacion. Para una esposa, para una madre, todo esto significa la proximidad de una batalla, y la contempla con el estupor de un infortunado que ve levantarse la tempestad sobre su frágil cabaña.

Estas mujeres han aceptado el porvenir con el despecho propio del desamparo; han vestido su cuerpo con el arreo miserable del peregrino; han calzado sus plantas con asquerosas sandalias, y están prontas á perderse con sus hijos ó sus maridos, en ese abismo donde relampaguea la muerte. Estas mujeres, en fin, que siguen á los batallones, fatigadas y con los ojos enrojecidos por el llanto, no tienen clasificacion entre las prostitutas del Ejército, pertenecen á la gran familia de los infortunados, y si un dia se convierten en soldaderas, deben tener el gérmen de la redencion á los ojos de Dios, porque ántes de perderse en las borrascas de la lujuria, han cerrado las puertas de un hogar donde estaba el modesto taller de un artesano.

RESUMEN.

No hay moralidad, ilustracion ni cultura en el Ejército; consecuencia necesaria de un sistema de reclutamiento vicioso é injusto, que recae exclusivamente sobre las clases desheredadas. Esta es la causa predisponente esencial de la frecuencia de las enfermedades venéreas en el Ejército: todas las demas pueden considerarse como causas ocasionales.

Los hábitos venéreos contra natura, nacen por el has-

tío del soldado que vive en relaciones continuas con mujeres abyectas y sin atractivo. La ociosidad intelectual y la presencia de niños en la tropa, contribuyen de una manera poderosa al desarrollo de los vicios contranaturales. Deben considerarse los masturbadores y pederastas habituados, como un elemento pernicioso de contagio.

La prostitucion clandestina miserable es el orígen de la sífilis en toda la sociedad, y su punto de propagacion, el ejército. La prostituta clandestina miserable, se roza con el ejército, 1º Porque el soldado es reclutado en las clases ínfimas de la sociedad. 2º Porque los haberes de dicho soldado son muy precarios, y 3º Porque la misma prostituta lo busca como su único refugio, introduciéndose con diferentes pretextos en los cuarteles.

La prostitucion clandestina vergonzante, es la fuente donde la sociedad toma la sífilis del ejército, siendo la criada doméstica la más peligrosa.

La prostitucion pública, puede ser punto de propagacion entre la sociedad y el ejército; sin embargo, de todas las prostituciones, es la ménos peligrosa por la inspeccion semanaria á que está sujeta. La clase ínfima de la prostitucion pública, es un orígen de sífilis trasportada á los batallones por los sargentos, asistentes, y demás soldados que no están sugetos al acuartelamiento: algunos oficiales suelen trasportarla.

La soldadera, en fin, es peligrosa para el ejército exclusivamente. Se inocula con los soldados, y solo entre ellos propaga la enfermedad.

HIGIENE.

I.

El remedio de la inmoralidad del ejército, consistiria pues, en un sistema de reclutamiento, cualquiera que fuese, pero que diera por resultado la mezcla de todas las clases de la sociedad. Este es un problema social más que higiénico.

Miéntras la supresion del ejército sea una utopia, es indispensable que la ley inexorable haga de cada ciudadano un soldado. Nadie tiene razon ni derecho para negarse al servicio militar, como no tienen los poderes de la nacion derecho, ni disculpa, para negar el amparo de las ballonetas, tanto á las grandes fortunas como al modesto jornal del pobre.

Un sistema de reclutamiento que abarcara á toda la sociedad, seria el único camino que nos conduciria, tarde ó temprano, á la guardia nacional, habituando á los ciudadanos al servicio de las armas.

Prusia, con su rey, nos da en este punto un ejemplo de igualdad: rubor de los que llevamos el gorro frigio.

II.

La Higiene solo puede intervenir en la cultura física del ejército, sin que por esto desconozca, que sus más preciosos recursos los halla en la cultura intelectual de los individuos.

El aseo es desde luego la parte más importante de la cultura física, sobre todo, bajo el punto de vista de la profilaxia de las enfermedades virulentas.

A pesar de los artículos de la Ordenanza militar, que recomiendan el aseo, tanto individual como colectivo en los cuerpos de ejército, el soldado mexicano está caracterizado por el abandono é incuria; así es que, debajo del oropel del uniforme, lleva siempre oculta la asquerosa corteza de una traspiracion abundante, mezclada con el polvo del cuartel ó de los caminos; á esto se agrega, como consecuencia natural, los parásitos que suelen encontrarse en algunos soldados con tal abundancia, que basta acercarse á uno de estos, para sentirse invadido por un número considerable de aquellos insectos. Esta es una falta, de la que son exclusivamente responsables los gefes y oficiales de los cuerpos.

El desaseo tiene una parte muy activa en el desarrollo de la sífilis en el ejército; y es de primera necesidad, habituar á los soldados á una severidad inflexible sobre este punto.

El establecimiento de baños de regadera en los cuarteles, además de garantizar el aseo de los soldados, tiene otras ventajas que voy á enumerar.

El temperamento linfático, aun cuando no es el más comun en el ejército, abunda, sin embargo, sobre todo entre los soldados jóvenes reclutados en la Capital: este temperamento, que, absolutamente hablando, es malo, tiene con particularidad desventajas para los individuos que se entregan á los hábitos militares. Las constituciones escrofulosas son muy numerosas, tambien entre los soldados

de la capital y entre multitud de indígenas, en los que la escrofulósis se desarrolla probablemente, por la escasez de sustancias animales que caracteriza la alimentacion de los indios. Las anemias esenciales y sintomáticas, y sobre todo, la anemia mercurial consecutiva al tratamiento dilatado de la sífilis, forma una gran mayoría de constituciones deterioradas en el ejército. Ahora bien: la hidroterapia tiene una influencia preciosa sobre todas estas constituciones, comprobada ya en Europa, y afirmada en México, por multitud de observaciones recogidas en el Hospital Militar de Instruccion, sobre las estadísticas del ramo.

Los soldados vigorosos y de buena constitucion, encontrarian en los baños frios, un estímulo saludable de su piel, y una tonicidad que favorece la resistencia á las influencias exteriores, tan necesaria para el soldado, además de las ventajas del aseo.

Pero es necesario reglamentar estos baños, para obtener de ellos la doble ventaja del estímulo y tonicidad del cuerpo, así como su limpieza. El baño frio prolongado, tiene una accion depresiva sobre el sistema nervioso, que si no es precisamente perjudicial, sí tiene desventajas para el soldado, que necesita una vigorosa actividad á todas horas; así es que un reglamento para estos baños, debe tener por objeto, conciliar la rapidez con el tiempo indispensable para la limpieza.

Hé aquí las bases:

1º El baño debe estar colocado al abrigo de las corrientes de aire: esto, que es una condicion para toda clase de baños, lo es especialmente para la tropa, que no puede de-

dicarse á esta faena más que en las primeras horas del dia.

2º Debe tener dos puertas: una de entrada y otra de salida, con el objeto de evitar la confusion que se opondria á la rapidez.

3º Cinco soldados bañeros, perfectamente aleccionados, serán los encargados de aplicar el baño, bajo la vigilancia de los oficiales y sargentos de las compañías. Uno será encargado del cordon de la regadera; dos, provistos de anchas pieles suaves y bien impregnadas de jabon, se encargarán de enjabonar el cuerpo de cada soldado, y dos con toallas grandes y ásperas para favorecer la reaccion, se encargarán de secarlo.

4º Los batallones se bañarán por compañías, de tal suerte, que miéntras una se baña se desnude la que le sigue.

5º El baño de cada soldado se aplicará en cuatro tiempos: el primer tiempo, de tres segundos, el soldado pasará la regadera con el objeto de mojarse el cuerpo; el segundo, que no puede limitarse, dilatará lo indispensable para pasar las pieles enjabonadas por las partes anterior, posterior y laterales del cuerpo, cubriéndolo de jabon completamente, y dejando encomendado al mismo soldado el frotarse la cabeza y lavarse los órganos genitales miéntras lo enjabonan; el tercer tiempo, de seis segundos, ó el tiempo indispensable para desembarazar el cuerpo del jabon, se aplicará la regadera; y el cuarto y último tiempo, pertenece exclusivamente á los *secadores*, que frotarán rápidamente el cuerpo hasta dejarlo seco.

Se comprende desde luego, que un Cuerpo habituado á esta faena diaria, acabaria por desempeñarla rápidamen-

te, pudiéndose calcular á tres soldados por minuto en cada baño: de esta manera el soldado quedaria limpio y estimulado para el servicio de todo el dia.

El invierno no es un obstáculo para la aplicacion de los baños, salvo los dias extremadamente frios, en los que se suprimirá el jabon; de suerte que el baño de cada soldado dure tres segundos á lo más: este baño tiene la ventaja de producir una reaccion eficaz para luchar con la temperatura exterior.

Ya se ha adoptado esta costumbre en algunos cuarteles de la capital, con resultados satisfactorios, aun cuando todavía no se concilia la accion tónica de los baños frios con el aseo tan importante para la profilaxia de la sífilis.

Si se adoptara en toda la guarnicion el uso de las regaderas, se harian palpitantes desde luego sus ventajas, no solo bajo el punto de vista del contagio de las enfermedades virulentas, sino tambien como medio preservador del desarrollo de otras enfermedades que nacen bajo la influencia de los ambientes viciados, y por el amontonamiento de muchos individuos en lugares estrechos, tales como el tifo y la fiebre tifoidea. Así es que el ambiente de las cuadras no estaria impregnado de olores, á veces insoportables, y la descomposicion del aire seria la descomposicion natural que tiene que sufrir en un lugar donde respiran muchos individuos; pero no se agregarian á esto, los elementos de corrupcion que envenenan en la actualidad el reposo del soldado. Si á todo esto se añade un sistema de ventilacion conveniente, se habrá garantizado la salud de la tropa durante el sueño.

Con este sistema se contribuiria á disminuir la fecundi-

dad de las úlceras en la parte anterior de las piernas, tan propia de los soldados.

En Francia, donde la sífilis florece con siniestra fecundidad, la tropa está sometida á una inspeccion de policía médica semanaria, que segun Michel Levi, ha dado buenos resultados. Esta inspeccion pudiera establecerse en México, haciendo que los médicos militares que practican la visita diaria en los cuarteles, practicaran tambien una inspeccion de los órganos genitales de los soldados de toda una compañía, en cada visita, de manera, que á cada soldado le tocara una inspeccion por semana: pero para establecer esta inspeccion, seria necesario obligar á todos los individuos de las clases inferiores, bajo penas severas, á estar presentes, sin excepcion ni pretexto durante la visita médica, pues es un hecho, fuera de duda, que los sargentos, asistentes y soldados que no están sujetos al acuartelamiento, introducen la sífilis en los cuarteles, tomándola en los focos de infeccion más asquerosos que en la ciudad existen.

Como complemento de estos preceptos, se deben imponer penas severas al que no dé parte á sus superiores, luego que se sienta con los primeros accidentes de la sífilis (blenorragias, chancros, escoriaciones, etc.)

El aseo en los cuarteles es indispensable.

III.

Son ya hasta vulgares todos los medios que se han propuesto para ilustrar á las clases abyectas de la sociedad, por eso no me detendré á e numerarlos.

Paréceme inútli intentar la ilustracion de los adultos en las clases desheredadas, por el mismo camino que se ilustra la infancia. Poner un soldado que no sabe leer en la escuela, es como poner un árbol en el endeble tiesto de un jardinero, para modificar los vicios de su desarrollo. El establecimiento de escuelas en los cuarteles seria ridículo. No es posible esperar de hombres envejecidos en la ignorancia y la ociosidad intelectual, ninguna aptitud para una ilustracion benéfica y saludable: salvo esas irrupciones que hace el genio desde los más profundos abismos de la miseria y el desamparo; talentos que, como el fuego de los volcanes, rompen el hacinamiento de rocas que los humilla.

Aun cuando fuera dado ilustrar al soldado tal como hoy existe, probablemente la vida no le alcanzaria para adquirir una ilustracion capaz de pesar sobre su conciencia y sus acciones, influyendo en su lóbrego porvenir: así es que, á lo más que puede aspirarse, es á enseñar al soldado un oficio, estableciendo talleres en los cuarteles, encaminarlo en la vía de la moralidad por el buen ejemplo de los superiores, y por una severidad inexorable sobre este punto: y por último; ponerlo bajo las órdenes de gefes y oficiales verdaderamente ilustrados.

Réstame sobre este punto abogar por el establecimiento de cátedras de Higiene en los cuarteles, obligatorias á todos los gefes y oficiales del ejército.

Hé aquí lo que sobre este punto dice un autor de Higiene militar:

"Es del deber particular de los médicos y cirujanos militares, vigilar escrupulosamente, el que las leyes higiéni-

cas sean constantemente observadas hasta lo posible, y recordar á los gefes de los cuerpos, cada vez que la circunstancia lo exija, las precauciones necesarias y útiles, comprobadas por la experiencia para poner la salud de las tropas al abrigo de las influencias viciosas. Pero no pertenece exclusivamente al oficial de salud el conocer las reglas que el guerrero debe seguir para conservar la suya; los gefes de los cuerpos, y los oficiales de toda graduacion, deberian poseer tambien las nociones principales. Sé demasiado que la ciencia de la guerra, como ha dicho un táctico de primer órden, es inmensa, que no se puede ser hábil si no es por un estudio largo y penoso de sus diferentes partes, y que no es posible, por larga que sea la experiencia, llegar nunca, ó casi nunca, al conocimiento de todas; sin embargo, seria de desear que el oficial hiciese un estudio de la Higiene aplicable á las tropas, que se puede llamar la parte más importante del arte de la guerra. Ella deberia, segun mi opinion, entrar, hasta cierto punto, en la educacion militar. Deberia agregarse á cada escuela establecida para formar oficiales, un médico-profesor, encargado de dar cursos sobre los preceptos generales, que hay para la conservacion de la salud de las gentes de guerra, y seria necesario en las grandes guarniciones, hacer profesar estos mismos cursos por los primeros oficiales de salud presentes, para toda la oficialidad, sin excepcion. Estoy persuadido de que los ignorantes se burlarán de estos preceptos, y que los imbéciles rehusarán estudiarlos; pero las gentes hábiles, aquellas para quienes la guerra es una ciencia, como dice el caballero de Folard, estarán prontos en hacer su aplicacion segun los tiempos

y las circunstancias. Los que no están bien penetrados acerca de los conocimientos que un oficial debe poseer, me acusarán quizá de exigir de él una cosa supérflua y fuera de su mision. Seguramente, á los ojos del vulgo, que frecuentemente es un mal juez, y aun para muchos oficiales, para quienes la guerra no es más que un oficio, y que solo justifican su rango por la charretera que portan, los talentos del que está llamado á mandar soldados, se reducen á la impetuosidad ciega y el valor." (Kirckhoff, Hig. Mil. Discurso preliminar, pág. VII.)

IV.

La inmoralidad es la base de todas las malas acciones del hombre; las causas ocasionales pueden ser muy numerosas, á veces efímeras é insignificantes; las que he enumerado en el curso de este trabajo al tratar de los hábitos contra-natura, no son las únicas que favorecen el desarrollo de la pederastía y el onanismo. ¿Cuántas veces el primer paso de un pederasta, habrá sido impulsado por la soledad ó el vértigo de una excitacion pasajera? ¿y cuántas veces los niños caen en la masturbacion de una manera casual aparentemente, excitados por las primeras auras de la pubertad, que los conmueve de un modo desconocido?

No me detendré, pues, en el estudio de todas estas causas, que daria una extension inconveniente á este trabajo; así es que me limitaré á señalar el remedio de las que he enumerado en el lugar correspondiente.

La base de todas las reglas de la Higiene Militar sobre este punto, están en el siguiente precepto:

"Tener siempre á la tropa entregada á ejercicios y ocupaciones que le produzcan una saludable fatiga, y la preserven de una ociosidad peligrosa."

En efecto; además del ejercicio de las armas propias á cada cuerpo de Ejército, bueno seria introducir el manejo de todas ellas en todos los batallones, especialmente el del florete, como medio de recreo. Este ejercicio, segun Michel Lévi, tiene la ventaja de vigorizar los miembros inferiores, superiores y el tórax, y de conmover con el desplante todas las vísceras, favoreciendo sus funciones. El pugilato seria benéfico como ejercicio y como medio de defensa para el soldado, expuesto frecuentemente á reñir con sus compañeros: quizá esta instruccion, le quitaria la tendencia á buscar armas con que herir á su adversario.

Establecer gimnasias en los cuarteles, seria un medio higiénico muy útil para los soldados y aun para el mismo Ejército; pues además de ser un medio terapéutico para muchas enfermedades, como la tuberculosis, que tanto abunda en el Ejército, y que si no es curada por la gimnasia, al ménos le sirve como un excelente paliativo, como puede comprobarse por las observaciones recogidas por el Sr. Noreña en su establecimiento del Hospital de Terceros; además de modificar favorablemente las malas constituciones, seria un buen medio de formar soldados especiales para el asalto.

Bueno seria tambien introducir en los cuarteles todos los juegos que producen fatiga, como el juego de pelota; y si los beneficios de la paz aumentaran los recursos del

gobierno, no seria aventurado proponer el establecimiento de boliches en los cuarteles para los soldados francos y sin servicio. Los juegos que ejercitan la intelgencia, serian ventajosísimos para desarrollar la del soldado y distraerlo de sus malas inclinaciones; pero estos juegos en el Ejército actual, serian muy peligrosos, porque debajo de los tableros estarian los naipes provocando el odio y la avaricia. Sí, sin moralidad, ilustracion ni cultura, no hay higiene posible: el juego de pelota seria un turbion de gritos obscenos y orígen de riñas, acaso de trasecendencia; los boliches se convertirian en garitos, y no durarian un solo dia en buen estado los tableros, el dominó ó el ajedrez, por el instinto del robo que generalmente domina al soldado, y por su descuido habitual.

Una vez llenado el precepto de tener siempre al soldado en una saludable ocupacion, vienen á ser ya eficaces las reglas para evitar las causas ocasionales de los vicios contra-natura.

Juzgando este punto de una manera superficial, parece que la mujer no puede tener parte en el desarrollo de la pederastía y el onanismo en el Ejército, y que solo alambicando raciocinios, pudiera comprobarse que la mujer es una causa de los vicios contranaturales; pero estudiando, con una reflexion detenida, todas las evoluciones del espíritu y de las pasiones humanas; siguiendo al crímen paso á paso en su camino de lodo y de sangre, á veces se tropieza con causas remotas y ni aun sospechadas.

Así como la esposa, torpe para mantener la llama sagrada del amor en el corazon de su marido, es la causa del desprestigio del matrimonio; así la mujer degradada,

proscrita de todo encanto y hundida en el cieno de la miseria y el vicio, es la causa del desprestigio de la mujer misma, á los ojos del hombre que no conoce mas que á la mujer degradada. La juventud, con su séquito de encantos y de ilusiones, huye amedrentada de todas las mujeres que viven con el soldado; y si alguna vez se encuentra entre ellas es una juventud cadáver. Ahora bien: la primera condicion de la belleza que provoca el amor, es la juventud, la única que concentra tempestades en la mirada y volcanes en el corazon; la única que retrata en el semblante y en el conjunto del sér, toda la frescura, todos los cambios de un cielo voluble; desde la aurora y el crepúsculo, hasta la tempestad y la muerte: la juventud, en fin, rodeada de una atmósfera eléctrica, que atrae, precipita, y á veces conduce hasta el heroísmo, para llegar al acto de la generacion.

Pero no solamente falta entre estas mujeres la juventud como elemento indispensable de la belleza que provoca el amor; sino que tambien se ve allí á la ancianidad lasciva, arrojando su diadema de nieve en el lodazal del vicio; mujeres ancianas y prostitutas: ¡especie de máscaras en un carnaval satánico!.........Pobre miseria: ¡y cuántas figuras abominables puedes presentar á la faz del cielo!...... El principal carácter de la belleza de la ancianidad, consiste en ese noble desden por los placeres del mundo, alzándose sobre un pedestal tallado con el cincel de la experiencia, y amasado con las lágrimas de la vida.

No quiero ocultar nada para probar la influencia de la mujer, sobre los vicios contra-natura del hombre inculto y degradado; y aun cuando en otro lugar de este trabajo

me he detenido sobre este punto, vuelvo á hacerlo aquí, por que me parece de mucha importancia fijarse sobre la influencia que puede tener la cultura de la mujer, no solamente sobre el ejército, sino sobre la sociedad entera.

La imaginacion del soldado es herida de muerte por la falta absoluta de atractivo de sus mujeres, y la conformacion material de éstas, no ofrece ni aun el atractivo del placer animal á la sensibilidad embotada del soldado.

Y bien; la Higiene Militar debe atender á este punto, no solamente para corregir la pederastía y el onanismo, sino tambien para introducir hábitos saludables de cultura en el ejército; debe procurar que, cuando ménos, las mujeres tengan la efímera belleza del aseo: así es que, el precepto siguiente, debiera observarse en los cuarteles con una severidad inquebrantable.

"No se permitirá la entrada á los cuarteles ó puntos de guarnicion, á toda mujer que no se presente en estado de perfecta limpieza y aliño."

La pederastía y el onanismo, que se desarrollan por el aislamiento del soldado en presencia de los repugnantes cuadros de la prostitucion, no puede corregirse por ninguna regla higiénica, pues que cualquiera de las que se desprenden sobre este punto, seria inmoral. Sin embargo, la supresion de las cuadras es un punto de Higiene de los cuarteles digno de tomarse en consideracion, para contribuir á extirpar los vicios contra-natura.

Hacer que cada soldado tuviera su habitacion, seria una mejora de muy benéficas trascendencias para el ejército.

Si bien es cierto que el sistema de dormitorios es adoptado en un gran número de cuerpos colegiados, tambien

lo es, que ni aun en estos cuerpos carece de inconvenientes; pero los presenta con especialidad en las cárceles y cuarteles, donde la inmoralidad hace imposible la severidad higiénica.

Reclutar niños, con el pretexto de proveer las plazas de la banda, es una costumbre que tiene mucho de infamia. La edad del hombre para entrar al servicio de las armas, debe fijarse en 25 años. Además de las condiciones fisiológicas que hacen al hombre apto para el servicio militar en esta edad, tiene además muchas ventajas, si por fin se realiza un sistema de reclutamiento justo y equitativo.

En efecto; la edad média del hombre está entre los 50 y los 60 años: habituándolo á dar su tributo á la patria, su existencia quedaria, pues, dividida en tres épocas: la primera hasta los veinticinco años, dedicada á su educacion y á crearse una profesion, arte ú oficio que le garantizaria el porvenir; la segunda, dedicada exclusivamente á la patria, entre los 25 y los 30 años, le crearia fondos mediante un sabio sistema de cajas de ahorros en el ejército, que diera al soldado al retirarse un capital, sirviéndole de base para sus ulteriores afanes; la tercera época, de los 30 años hasta la muerte, dedicada al descanso y al hogar.

Se comprende desde luego, que el talento, la honradez, la instruccion, en una palabra, el verdadero mérito, encontraria en todo este camino espléndidas oportunidades para alzar la frente sobre la superficie humana.

Creo que este es el lugar oportuno para hacer notar, los graves inconvenientes que tiene el proveer las plazas vacantes entre la oficialidad, con alumnos jóvenes de la Escuela-Militar, y la ninguna ventaja de esta práctica, cual-

quiera que sea el punto de vista bajo el que se juzgue. Bajo el punto de vista higiénico, es perniciosa para esta juventud, que pasa los primeros dias de una emancipacion prematura, en la atmósfera del libertinaje é inmoralidad, que hoy es desgraciadamente el carácter de los soldados: para comprobar este aserto, me bastará decir, que he visto uno de estos jóvenes alumnos (de 14 á 18 años), presa ya de los accidentes terciarios de la sífilis, y un número considerable con los accidentes primarios: la verdad de estos hechos, puede ser justificada por el testimonio de mis compañeros en la práctica médico-militar: seria absurdo querer remediar la inmoralidad del ejército con una juventud inexperta, que por los elementos que posée de una ilustracion incompleta, está expuesta á aventajar fatalmente la inmoralidad existente en los batallones: bajo el punto de vista de la instruccion, es verdaderamente inverosímil que un jóven de 14 á 18 años adquiera en tan corta edad los conocimientos necesarios para formarse oficial *digno é ilustrado.* Las ciencias exactas, que forman la base de la educacion militar, necesitan, cuando ménos, 6 años de estudio para tener utilidad práctica, y no constituir un trabajo estéril para el individuo.

Limitándome á la higiene, es una imperiosa necesidad que los alumnos militares no ingresen al ejército sino hasta los 25 años cumplidos.

Por lo pronto, se debe expulsar á todo niño de los existentes en el ejército, y solo en caso de absoluta necesidad, pueden admitirse de 18 años para arriba.

El pederasta habituado, ya sea que se le sorprenda por los caractéres que suele presentar, ya sea que se le halle

infraganti delito, debe ser lanzado inexorablemente del ejército, pues más vale un soldado ménos, y no un pederasta más.

Pueden distinguirse dos clases de masturbadores: El masturbador asociado, y el masturbador aislado: el primero es el pederasta en sus primeros pasos, y debe lanzarse; el segundo, puede corregirse con los baños frios y la ocupacion contínua; considerándose sobre todo, que no es un elemento de contagio, tan pernicioso como el pederasta.

V.

La Higiene de la prostitucion militar, necesita estar íntimamente asociada á la Higiene pública. Solo á las autoridades civiles está encomendada la extirpacion de las enfermedades venéreas en toda la sociedad.

Es cierto que el ejército es un fatal laboratorio del virus sifilítico; pero ese virus que reproduce, es el que toma en las capitales donde se estaciona, sobre todo en la capital de México: de aquí el precepto importantísimo de Higiene, que prohibe estacionar por mucho tiempo los cuerpos de ejército en las grandes ciudades. Es de rigurosa observacion, que todos los batallones que llegan por primera vez á la capital, presentan todas las enfermedades que caracterizan á los batallones que acaban de caminar (Fatiga muscular, fiebres, reumatismos, lumbago, úlceras en las piernas, contusiones, etc.), menos la sífilis, que comienza á dar su tributo al hospital, despues de ocho dias de permanencia en la ciudad.

El soldado es el fúnebre trasportador de las enfermedades venéreas á todos los pueblos y Estados de la República; así es que una sábia asociacion de las autoridades civil y militar, como en Bélgica, mitigaria esta plaga social.

He señalado la prostitucion clandestina miserable, como la fuente principal de la sífilis en el ejército, no de una manera racional y especulativa, sino con datos tomados entre los individuos contagiados. Sobre 100 soldados interrogados por mí, respecto del orígen de su enfermedad, 80 fueron contagiados con mujer de la calle, ó entrada casualmente al cuartel. Ahora bien: basta visitar los cuarteles por algun tiempo, para ver que esas mujeres que entran casualmente á estos lugares, llevan, todos los caractéres de lo que yo he llamado prostituta miserable.

La autoridad civil, que tiene con tanta frecuencia en su poder á estas mujeres, por delitos vulgares, puede remediar muchísimo este foco principal de infeccion. Hé aquí el precepto.

"Toda mujer que ingrese á la cárcel por delitos de robo, riña, heridas ó embriaguez, no podrá salir en libertad despues de haber cumplido su condena, si no es prévia una inspeccion médica: si resultare enferma, será remitida á un hospital; y si no: se le extenderá una patente, quedando obligada dicha mujer á presentarse á la inspeccion, una vez por semana, y quedando tambien la policía autorizada para reaprehenderla, siempre que no justifique, por medio de su patente, el haberse presentado á la inspeccion."

Observando con severidad este precepto, y sometiendo

á una estricta vigilancia, todos los suburbios y lugares donde pueda refugiarse la prostitucion hambrienta y miserable, se habrá dado un gran paso para la salud pública.

No seria fácil someter á la prostitucion clandestina vergonzante á la inspeccion médica de policía, porque seria dar lugar á abusos é injusticias deplorables: pero baste decir, que esta prostitucion dejará de ser peligrosa, si se logra extirpar el foco principal de infeccion.

Respecto de la prostitucion pública, no hay mas que recomendar la observancia fiel y concienzuda, de los reglamentos existentes.

El ejército, cerrando la entrada de la sífilis á su seno, habrá cerrado la puerta mas ancha, por donde esta enfermedad se abre paso para derramarse en todas las clases sociales. La soldadera se inocula con el soldado y propaga la sífilis exclusivamente entre los soldados; pero estos la toman en las clases abyectas, llevando así el primer gérmen del mal á los cuerpos de ejército, y trasportándolo despues á la prostitucion vergonzante y la prostitucion pública, donde las clases civiles se inoculan. Se ve, pues, la necesidad que hay de que las autoridades, civil y militar, se asocien contra la propagacion de la sífilis.

El establecimiento de una inspeccion de policía médico–militar es una urgente necesidad.

"Ninguna mujer puede penetrar al interior de los cuarteles, si no es presentando al oficial de la guardia la patente extendida por la inspeccion de policía médico–militar, revalidada semanariamente, ó un pase de la Mayoría del cuerpo, haciéndose responsable á dicho oficial, del estricto cumplimiento de esta prescripcion, con las penas de

la Ordenanza." En esta regla está la clave de la extirpacion de la sífilis.

Hay una objecion que no carece de importancia contra el establecimiento de la inspeccion médico-militar. La mujer honrada, la esposa fiel ó la madre cariñosa que rondan los cuarteles implorando la entrada, ¿serán sometidas á la inspeccion? No: este punto pudiera encomendarse á las Mayorías de los cuerpos.

Puede obligarse al soldado á certificar el parentesco ó la legitimidad de sus relaciones con la mujer que solicita la entrada; pero si esto no es posible, porque á veces el desamparo de los hombres que sirven hoy al ejército es tal, que los más sencillos trámites son para ellos inaccesibles, el Mayor de cada cuerpo podrá extender *pases*, sometiendo este punto importante de higiene y de moral, á su juicio recto y á su experiencia.

En efecto; difícilmente se equivocaria un gefe experimentado: está tan bien caracterizada la esposa ó la madre del soldado, que seria muy remoto confundirlas con el resto de las mujeres que siguen á la tropa. La timidez, el recato y la suavidad en el carácter, son los primeros resplandores que se perciben de esa virtud latente.

FIN.

INDICE

